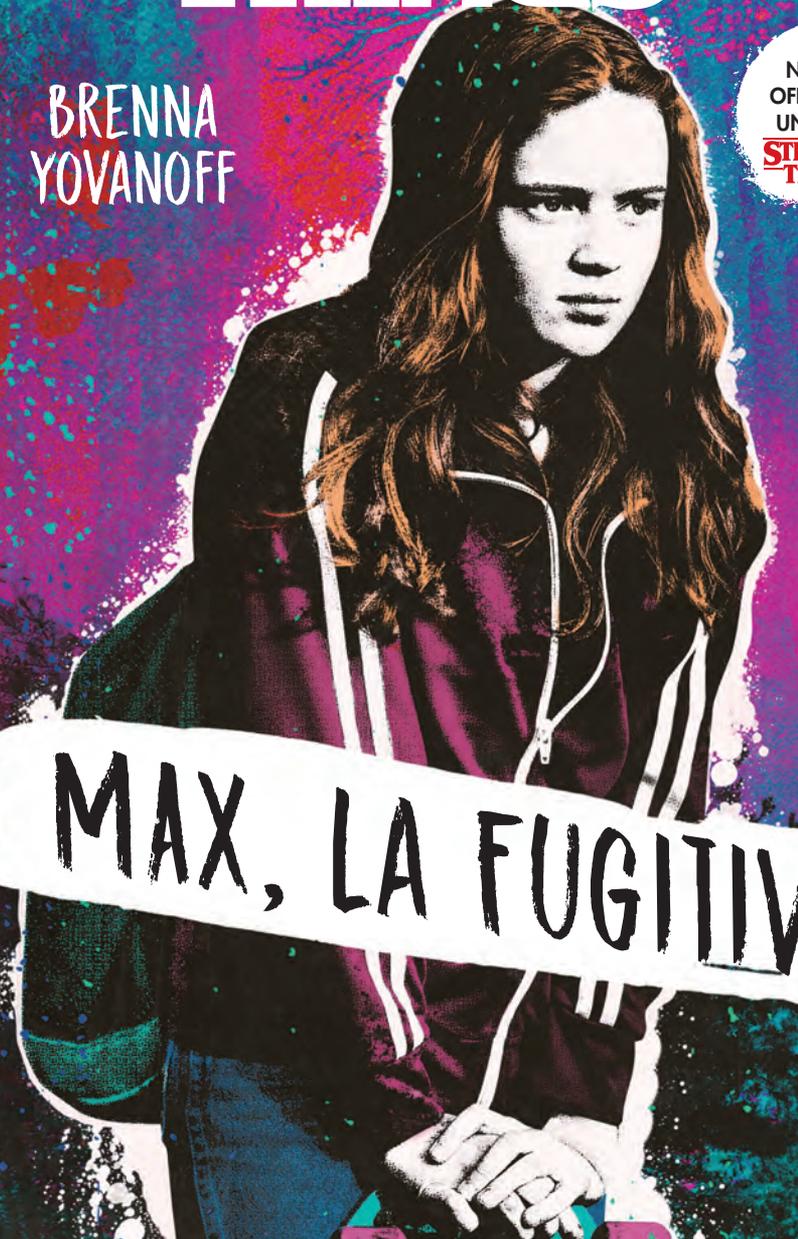


# STRANGER THINGS

BRENNA  
YOVANOFF

UNA  
NOVELA  
OFICIAL DEL  
UNIVERSO

**STRANGER  
THINGS**



MAX, LA FUGITIVA

GRANTRAVESÍA

# MAX, LA FUGITIVA

GRANTRAVESÍA

BRENNA YOVANOFF

---

# STRANGER THINGS

---

MAX, LA FUGITIVA

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

STRANGER THINGS: MAX, LA FUGITIVA

Título original: *Stranger Things: Runaway Max*

Texto © 2019, Netflix Inc. Todos los derechos reservados.

Publicado según acuerdo con Random House Children's Books, una División de Penguin Random House LLC, New York

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Imágenes de portada e interiores usadas bajo licencia de Shutterstock.com

© 2019, Netflix Inc.

Arte de portada: Ian Keltie

Diseño de portada: Megan McLaughlin

D.R. © 2018, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

[www.oceano.com](http://www.oceano.com)

D. R. © 2019, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Homero 1500 - 402, Col. Polanco

Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México

[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)

[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)

Primera edición: 2019

ISBN: 978-84-120304-1-9

Depósito legal: B-14521-2019

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en [info@cempro.org.mx](mailto:info@cempro.org.mx)

*Para todas las chicas intrépidas  
y todos los jóvenes optimistas.*

*Y para V., mi "strangest thing".*



# PRÓLOGO

El suelo de la estación de autobuses de San Diego estaba prácticamente invadido de colillas de cigarrillos. Quizás hacía un millón de años el edificio pudo haber sido elegante, como la estación Grand Central o esos lugares enormes que se ven en las películas. Pero ahora era de un pálido color gris, como un almacén lleno de folletos arrugados y de borrachuzos.

Aunque ya era casi medianoche, el vestíbulo estaba repleto. Tenía a mi lado una pared de taquillas, una de ellas chorreaba un poco, como si algo se hubiera derramado dentro, y goteaba hasta el suelo. Lo que fuera eso ya se había adherido a mis zapatos.

Había máquinas expendedoras al otro lado del vestíbulo y un bar en la esquina, donde un grupo de hombres delgados y sin afeitar estaban sentados, fumando frente a los ceniceros, encorvados como duendes sobre sus cervezas. El humo le confería al aire un aspecto nebuloso y extraño.

Caminé rápido, cerca de las taquillas, con el mentón bajo e intentando pasar inadvertida. Cuando lo planeé en casa estaba bastante segura de que sería capaz de perderme entre la multitud, pero ahora que estaba ahí me resultaba más difícil

de lo que me había imaginado. Había contado con el caos y el tamaño del recinto para ocultarme, era una estación de autobuses, al fin y al cabo. Pero no imaginé que sería la única en este lugar que todavía era demasiado joven para tener carné de conducir.

En mi calle o en la escuela, era fácil que me ignoraran: estatura promedio, silueta promedio, rostro y vestimenta promedio. Todo normal, menos mi cabello: largo y rojo, lo más brillante de mí. Lo estiré hacia atrás para hacerme una coleta y traté de caminar con naturalidad, como siguiendo una ruta trazada muchas veces. Debería haber traído un sombrero.

En las taquillas, un par de chicas mayores con los ojos maquillados en tonos verdes y minifaldas de caucho discutían con el tipo que estaba detrás del cristal. El peinado de ambas era tan alto que parecía algodón de azúcar.

—Vamos, hombre —dijo una de ellas mientras sacudía el monedero en el borde de la ventanilla, en busca de monedas—. ¿No puedes hacerme una rebaja? Ya casi lo tengo, sólo falta un dólar con cincuenta.

El chico, que llevaba una camisa hawaiana raída, parecía sarcástico y aburrido.

—¿Te parece que esto es un puesto de beneficencia? Sin dinero no hay billete.

Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y pasé los dedos sobre mi billete. Clase turista de San Diego a Los Ángeles. Lo había pagado con un billete de veinte dólares que saqué del joyero de mamá y el chico apenas me había dirigido la mirada.

Caminé más rápido, junto a la pared, con mi monopatín bajo el brazo. Por un segundo pensé en lo genial que sería montarme en él y pasar zumbando entre los bancos. Pero no

lo hice. Un movimiento equivocado y hasta el montón de degenerados nocturnos se darían cuenta de que yo no debería estar aquí.

Ya me encontraba casi al final del vestíbulo cuando un murmullo nervioso atravesó la multitud detrás de mí. Me di la vuelta. Dos tipos con uniforme marrón estaban junto a las máquinas expendedoras mirando hacia el mar de rostros. Incluso desde el extremo opuesto de la estación podía captar el brillo de sus insignias. Oficiales de policía.

El alto tenía ojos claros y firmes y brazos largos y delgados como las patas de una araña. Se paseaba entre los bancos, de esa manera en que los policías lo hacen siempre. Es un andar lento y señorial que dice: *Podré parecer bueno para nada, pero soy yo quien tiene una insignia y el arma*. Me recordó a mi padrastro.

Si lograba llegar al final del vestíbulo, podría escabullirme hasta la terminal donde los autobuses aguardaban a los pasajeros. Me perdería entre la multitud y desaparecería.

Los mugrientos tipos del bar se encorvaron más sobre sus cervezas. Uno de ellos aplastó su cigarrillo, luego les dedicó a los policías una larga y desagradable mirada y escupió en el suelo, entre sus pies. Las chicas en la ventanilla habían dejado de discutir con el cajero y actuaban como si realmente estuvieran interesadas en sus uñas postizas, pero parecían bastante nerviosas por la presencia del oficial Bueno para Nada. Tal vez también tenían un padrastro como el mío.

Los policías caminaron hacia el centro del vestíbulo y entrecerraron los ojos alrededor de la estación de autobuses como si estuvieran buscando algo. Una niña perdida, tal vez. Una banda de delincuentes causando problemas.

O una fugitiva.

Agaché la cabeza y me preparé para perderme entre la multitud. Estaba a punto de entrar en la terminal cuando alguien se aclaró la garganta y una mano grande y pesada se cerró alrededor de mi brazo. Di media vuelta y levanté la mirada ante el amenazante rostro de un tercer policía.

Él sonrió. Era una sonrisa aburrida, plana, llena de dientes.

—¿Maxine Mayfield? Necesito que vengas conmigo —su rostro era duro y arrugado, y parecía que le había dicho lo mismo a diferentes niños más de cien veces—. Hay gente en casa que está preocupada por ti.

學 續 續  
音 音 音 音 音 音 音 音  
實 實 實 實 實 實 實 實



# CAPÍTULO UNO

El cielo estaba tan bajo que parecía estar posado justo encima del centro de Hawkins. El mundo pasó rápidamente junto a mí mientras mis zapatos repiqueteaban en la acera. Avancé más rápido en el monopatín; escuché el susurro de las ruedas sobre el cemento y su golpeteo cuando topaba con un bache. Era una tarde helada y el frío hacía que me dolieran los oídos. Todos los días habían sido así de fríos desde que llegamos al pueblo, hacía tres días.

Seguí mirando hacia arriba, esperando ver el cielo brillante de San Diego. Pero aquí todo se veía pálido y gris; incluso cuando no estaba nublado, el cielo parecía descolorido. Hawkins, Indiana, hogar de nubes grises, anoraks e invierno.

Mi nuevo... hogar.

La calle principal estaba decorada para Halloween, con escaparates llenos de calabazas sonrientes. Había telarañas falsas y esqueletos de papel en las ventanas del supermercado. Alrededor de la manzana, las farolas estaban envueltas en serpentinatas negras y naranjas que ondeaban al viento.

Pasé la tarde en el Palace Arcade, jugando a *Dig Dug* hasta que me quedé sin monedas. Como a mamá no le gustaba que malgastara el dinero en videojuegos, antes sólo podía jugar

cuando estaba con papá. Él me llevaba a la bolera o, a veces, a la lavandería, donde tenían juegos como *Pac-Man* y *Galaga*. Y en ocasiones pasaba el rato en el Joy Town Arcade del centro comercial, a pesar de que era una completa basura y muy frecuentado por metaleros con vaqueros raídos y chaquetas de cuero. Sin embargo, ahí tenían una máquina con *Pole Position*, que era mejor que cualquier otro juego de carreras, incluso contaba con un volante para que sintieras que conducías de verdad.

La sala de juegos de Hawkins era un edificio grande y de techo bajo con letreros de neón en las ventanas y un toldo amarillo brillante, pero tras las luces de colores y la pintura, sólo eran muros de aluminio. Ahí tenían *Dragon's Lair*, *Donkey Kong* y *Dig Dug*, que era *mi* juego, en el que alcanzaba la puntuación más elevada.

Había estado allí toda la tarde, aumentando mi puntuación en *Dig Dug*, pero después de subir mi nombre hasta el puesto número uno me quedé sin monedas y comencé a sentirme ansiosa, como si necesitara moverme, así que salí del lugar, me subí al monopatín y me dirigí al centro para recorrer Hawkins.

Me impulsé para ir más rápido, mientras traqueteaba más allá de un restaurante, una ferretería, un RadioShack, un cine. El cine era pequeño, como si sólo tuviera una sala con pantalla, pero su fachada era ostentosa y anticuada, con una gran marquesina que sobresalía como un acorazado cubierto de luces.

Las únicas veces que de verdad me gustaba quedarme quieta era en el cine. El cartel más reciente anunciaba *Terminator*, pero ya la había visto. La historia era bastante buena. Un robot asesino con la apariencia de Arnold Schwarzenegger viaja en el tiempo desde el futuro para matar a una simple

camarera llamada Sarah Connor. Al principio ella parece una chica normal, pero resulta ser una cabrona total. Me gustó, aunque no era en realidad una película de monstruos, pero algo me hizo sentir extrañamente decepcionada: ninguna de las mujeres que conocía era como Sarah Connor.

Me deslicé por delante de la casa de empeños, más allá de una tienda de muebles y una pizzería con un toldo a rayas rojas y verdes, cuando algo pequeño y oscuro cruzó la acera frente a mí. A la luz gris de la tarde, parecía un gato, y sólo tuve tiempo de pensar qué extraño era y cuán imposible sería ver a un gato en el centro de San Diego, cuando mis pies perdieron su centro.

Estaba acostumbrada, pero aun así, esa fracción de segundo antes de cada caída siempre resulta desorientadora. Cuando perdí el equilibrio sentí como si todo el mundo se hubiera girado del revés. Besé el suelo con tanta fuerza que sentí el rebote en la mandíbula.

He estado sobre un monopatín desde siempre, desde que mi mejor amigo, Nate Walker, y su hermano, Silas, hicieron un viaje a Venice Beach con sus padres, cuando estábamos en tercer grado, y regresaron absolutamente entusiasmados con historias sobre los Z-Boys y las tiendas de monopatines en Dogtown. Había estado encima de un monopatín desde el día que descubrí la cinta de agarre y las tablas Madrid, y entonces recorrí Sunset Hill por primera vez y aprendí lo que era ir tan rápido que tu corazón se aceleraba y te lloraban los ojos.

La acera estaba fría. Por un segundo, me quedé recostada sobre mi vientre, mientras sentía un hueco sordo en mi pecho y un dolor vibrando en mis brazos. Mi codo había atravesado la manga del suéter y sentía las palmas de las manos apelmazadas y vibrantes. El gato hacía rato que se había ido.

Me giré sobre la espalda y estaba tratando de sentarme cuando una mujer delgada y de cabello oscuro salió corriendo de una de las tiendas. Resultaba casi tan sorprendente como ver un gato en el distrito financiero. Nadie en California habría salido corriendo sólo para ver si me encontraba bien, pero esto era Indiana. Mamá había dicho que la gente sería más amable aquí.

La mujer ya estaba de rodillas sobre el pavimento, a mi lado, y me miraba con ojos grandes y nerviosos. Mi codo sangraba un poco donde se había roto la manga. Me zumbaban los oídos.

Se acercó a mí, con apariencia preocupada.

—Oh, tu brazo, eso debe doler —luego levantó la mirada y me miró a la cara—. ¿Te asustas fácilmente?

La miré fijamente. *No*, quería decir, y eso era cierto sí o sí. No me asustaban las arañas ni los perros. Podría caminar sola por el rompeolas en la oscuridad o pasear en monopatín por la orilla durante la temporada de inundaciones sin preocuparme siquiera de que algún asesino pudiera saltarme encima o de que algún repentino torrente de agua bajara precipitadamente y me ahogara. Y cuando mamá y mi padrastro dijeron que nos mudaríamos a Indiana, puse algunos calcetines, ropa interior y dos pares de vaqueros en mi mochila y me dirigí a la estación de autobuses. Era una absoluta locura preguntarle a los extraños si se asustaban. ¿Asustarse de *qué*?

Durante un segundo simplemente me senté en medio de la acera, con el codo punzando y las palmas de las manos en carne viva y llenas de tierra, y la miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

Ella sacudió la suciedad de mis manos. Las suyas eran más delgadas y más bronceadas que las mías, con los nudillos se-

cos y agrietados, y las uñas mordidas. Junto a ellas, las mías se veían pálidas, cubiertas de pecas.

Me dirigió una mirada rápida y nerviosa, como si yo fuera la que estuviera actuando de manera extraña.

—Sólo preguntaba si te curas fácilmente. A veces la piel clara es así. De cualquier manera tendrías que ponerte un antiséptico para evitar que la herida se infecte.

—Oh —sacudí la cabeza. Todavía sentía las palmas de mis manos como si estuvieran llenas de pequeñas chispas—. No. Quiero decir, no lo creo.

Se inclinó más cerca de mí y estaba a punto de añadir algo cuando, de pronto, sus ojos se agrandaron todavía más y se quedó inmóvil. Las dos levantamos la mirada cuando el rugido de un motor cortó el aire.

Un Camaro azul pasó rugiendo, ignorando el semáforo en Oak Street y se detuvo junto a la acera. La mujer se giró para ver cuál era el problema, pero yo ya lo sabía.

Mi hermanastro, Billy, estaba en el asiento del conductor con una mano posada perezosamente en el volante. Alcanzaba a escuchar el sonido de su música a través de las ventanillas cerradas.

Incluso desde la acera podía ver la luz brillando en el pendiente de Billy. Me estaba observando de esa manera plana y vacía en que lo hacía siempre, con los párpados caídos, como si yo lo aburriera tanto que apenas pudiera soportarlo, pero detrás de eso había algo peligroso. Cuando me miraba así, mi rostro quería contraerse. Estaba acostumbrada a la forma en que me miraba, como si yo fuera algo que él quisiera sacarse de encima, pero siempre parecía peor cuando lo hacía frente a otra persona, como esta agradable y nerviosa mujer, que parecía la madre de alguien.

Me froté las manos punzantes en los muslos de mis vaqueros antes de agacharme para recoger el monopatín.

Él dejó caer la cabeza hacia atrás, con la boca abierta. Después de un segundo, se inclinó sobre el asiento y bajó la ventanilla.

La radio sonó más fuerte y la música de Quiet Riot golpeó el gélido aire.

—Entra.

Alguna vez, y durante dos semanas en abril pasado, pensé que el Camaro era la cosa más genial que jamás hubiera visto. Tenía un cuerpo largo y hambriento como un tiburón, con paneles aerodinámicos pintados y terminados angulosos. El tipo de coche con el que podrías robar un banco.

Billy Hargrove era tan rápido y fuerte como el coche. Llevaba una chaqueta de mezclilla descolorida y tenía un rostro de estrella de cine.

Por aquel entonces, él todavía no era Billy, sólo esa vaga idea que yo tenía sobre cómo iba a ser mi nueva vida. Su padre, Neil, iba a casarse con mi madre, y cuando nos mudáramos todos juntos, Billy sería mi hermano. Estaba emocionada de tener una familia otra vez.

Después del divorcio, papá se había largado a Los Ángeles, así que sólo lo veía prácticamente en los días festivos poco importantes, o cuando él estaba en San Diego por trabajo y mamá no podía encontrar una razón para no permitirme verlo.

Mamá todavía estaba cerca, por supuesto, pero de una manera débil y flotante, difícil de aferrar. Ella siempre había estado un poco borrosa en mi vida, pero una vez que papá

estuvo fuera de escena, la situación se volvió aún peor. Era un poco trágica la facilidad con la que se desvanecía en la personalidad de todos los hombres con los que salía.

Recuerdo primero a Donnie, quien tenía un problema en la espalda y era incapaz de agacharse para sacar la basura. Nos preparaba panqueques Bisquick los fines de semana y era muy malo para contar chistes. Un día se escapó con una camarera de IHOP.

Después de Donnie, fue Vic, de San Luis; y luego Gus, con un ojo verde y otro azul; e Ivan, que se limpiaba los dientes con una navaja plegable.

Neil era diferente. Conducía una camioneta Ford marrón, vestía camisetas planchadas y su bigote lo hacía parecer una especie de sargento del ejército o un guardabosques. Y quería casarse con mamá.

Los otros tipos habían sido unos perdedores, pero eran unos perdedores temporales, así que nunca me importaron en realidad. Algunos de ellos eran bobos o amistosos o divertidos, pero después de un tiempo, las cosas malas siempre se acumulaban. Se atrasaban en el pago del alquiler, o destrozaban sus coches, o se emborrachaban y terminaban en la cárcel.

Siempre se iban, y si no lo hacían, mamá los echaba. Eso no me rompía el corazón. Incluso los mejores eran de alguna manera bochornosos. Ninguno de ellos era genial como papá, pero en general no estaban tan mal. Algunos eran incluso agradables.

Como dije, Neil era diferente.

Mamá lo conoció en el banco. Trabajaba allí como cajera, sentada todo el día detrás de una ventanilla manchada, entregando recibos de depósito y regalando caramelos a los niños pequeños. Neil era el guardia que vigilaba la entra-

da, junto a las puertas dobles. Lo había escuchado decir que mamá se veía como la bella durmiente sentada detrás del cristal, o como una antigua pintura enmarcada. Por la forma en que lo decía, se suponía que debía sonar romántico, pero yo no conseguía entender cómo podría serlo. La bella durmiente estaba en coma. Las pinturas enmarcadas no eran particularmente interesantes o excitantes, sólo estaban allí, atrapadas.

La primera vez que lo invitó a cenar, él trajo flores. Ninguno de los otros había llevado flores. Él le dijo que su pastel de carne era el mejor que hubiera probado nunca, y ella sonrió, se sonrojó y lo miró de reojo. Me alegré de que hubiera dejado de llorar por su último novio, un vendedor de alfombras que se peinaba de lado para disimular la calvicie y que tenía una esposa a quien muy convenientemente había evitado mencionar.

Unas pocas semanas antes de que la escuela cerrara para las vacaciones de verano, Neil le pidió a mamá matrimonio. Él le compró un anillo de compromiso y ella le entregó un juego de llaves de la casa. Aparecía entonces cada vez que se le antojaba, traía flores o se deshacía de almohadones y fotos que no le gustaban, pero no aparecía después de las diez y nunca pasó ahí toda la noche. Era demasiado caballeroso para algo así; *anticuado*, decía él. Le gustaban las cocinas limpias y las cenas familiares. El pequeño anillo de compromiso de oro hizo sentir a mamá más feliz de lo que la había visto en mucho tiempo, y traté de estar feliz por ella.

Neil nos había dicho que tenía un hijo que estudiaba bachillerato, pero no ahondó en el asunto. Pensé que se trataría de algún chico deportista, o tal vez una copia al carbón de Neil, pero más joven. Jamás hubiera imaginado a Billy.

La noche que finalmente lo conocimos, Neil nos llevó a Fort Fun, una pista de go-karts que estaba cerca de casa, donde los surfistas iban con sus novias a comer churros y a jugar en las mesas de *hockey* de aire o en la máquina de Skee-Ball. Era el tipo de lugar al que sujetos como Neil no irían ni muertos. Más tarde, me di cuenta de que él todavía estaba intentando hacernos creer que era alguien divertido.

Billy llegó tarde. Neil no dijo nada pero me di cuenta de que estaba furioso. Intentaba actuar como si todo estuviera bien, pero sus dedos dejaron abolladuras en su vaso de cartón de Coca-Cola. Mamá no paraba de toquetear su servilleta de papel mientras esperábamos; la enrolló y luego la rompió en pequeños cuadros.

Pensé que tal vez todo era una gran estafa y que Neil ni siquiera tenía un hijo. Era el tipo de cosas que siempre ocurrían en las películas de terror: el tipo se inventaba una vida falsa y les explicaba a todos cosas de su casa perfecta y su familia perfecta, cuando en realidad vivía en un sótano y comía gatos, o algo por el estilo.

No pensé realmente que ésa fuera la verdad, pero la imaginé de cualquier manera, porque eso era mejor que ver cómo lanzaba un vistazo al aparcamiento cada dos minutos para enseguida dedicar una sonrisa tensa a mamá.

Los tres estábamos avanzando con dificultades en el minigolf cuando finalmente apareció Billy. Ya habíamos llegado al décimo hoyo y nos encontrábamos frente a un molino de viento pintado, del tamaño de un cobertizo, intentando colar la bola más allá de las aspas giratorias.

Cuando el Camaro irrumpió en el aparcamiento, el motor hizo tanto ruido que todos se volvieron para mirar. Billy salió y dejó que la puerta se cerrara detrás de él. Llevaba puesta su

chaqueta de mezclilla, sus botas de piel y, lo más impactante de todo, tenía un *piercing*. Algunos de los chicos mayores de la escuela usaban botas y chaquetas vaqueras, pero ninguno llevaba un pendiente en la oreja. Con su gran cabellera alborotada y la camisa abierta, se parecía a los metaleros del centro comercial, a David Lee Roth o a algún otro personaje famoso.

Se acercó a nosotros, atravesando el campo de minigolf.

Pasó por encima de una gran tortuga de plástico y sobre el falso césped verde.

Neil observaba con la mirada tensa y amarga que siempre ponía cuando algo no se ajustaba a sus estándares.

—Llegas tarde.

Billy se encogió de hombros. No miró a su padre.

—Saluda a Maxine.

Quería decirle a Billy que ése no era mi nombre, odiaba que la gente me llamara Maxine, pero guardé silencio. No habría importado. Neil siempre me llamaba así, y no importaba cuántas veces le había dicho que no lo hiciera.

Billy me dedicó esa lenta y fría inclinación de cabeza, como si ya nos conociéramos, y sonreí, sosteniendo mi palo de golf por el sudado recubrimiento de goma. Ya estaba pensando en lo genial que eso iba a ser para mí. En lo celosos que se pondrían Nate y Silas. Ahora yo tendría un hermano, y eso cambiaría mi vida.

Más tarde ambos jugamos a Skee-Ball mientras Neil y mamá caminaban juntos por el rompeolas. Se estaba volviendo un poco molesta la manera en que siempre se ponían tan melosos cuando estaban juntos, pero introduje mis monedas en la ranura e intenté ignorarlos. Ella parecía realmente feliz.

La máquina de Skee-Ball estaba en una plataforma de cemento elevada, sobre la pista de los go-karts. Desde la ba-

randilla podías asomarte y observar cómo los coches pasaban zumbando alrededor de la pista con forma de ocho.

Billy apoyó los codos en la barandilla con las manos sueltas y desenfadadas delante de él y un cigarrillo entre los dedos.

—Susan parece una verdadera aguafiestas.

Me encogí de hombros. Ella era quisquillosa y nerviosa y, a veces, podía no ser divertida, pero era mi madre.

Billy observó la pista. Sus pestañas eran largas, como de chica, y vi por primera vez lo caídos que estaban sus párpados. Sin embargo, habría algo que llegaría a aprender de Billy: nunca se veía realmente despierto, excepto... algunas veces. Esas veces su rostro se ponía repentinamente en alerta, y entonces no tenías idea de lo que iba a hacer o de lo que iba a pasar a continuación.

—Así que, Maxine —dijo mi nombre como una especie de broma. Como si no fuera realmente mi nombre.

Pasé mi cabello detrás de las orejas y lancé una pelota a la taza de la esquina por cien puntos. La máquina debajo de la ranura de las monedas zumbó y escupió una retahíla de tiques de papel.

—No me llames así. Sólo Max.

Billy se giró para mirarme. Su rostro estaba relajado. Luego sonrió perezosamente.

—Bien. Eres una gran boca.

Me encogí de hombros. No era la primera vez que lo escuchaba.

—Sólo cuando la gente me hace enfadar.

Río, y su risa sonó grave y áspera.

—Bien. Mad Max, entonces.

En el estacionamiento, el Camaro estaba aparcado bajo una farola; era tan azul que parecía una criatura de otro mundo. Algún tipo de monstruo. Quería tocarlo.

Billy se había dado la vuelta otra vez. Estaba apoyado en la barandilla con el cigarrillo en la mano, mirando el avance de los karts a lo largo de la pista cercada por neumáticos.

Envié la última pelota a la taza de cien y tomé mis tiques:

—¿Quieres correr?

Billy resopló y le dio una calada al cigarrillo.

—¿Por qué querría perder el tiempo dando vueltas con un kart cuando sé conducir?

—Yo también sé conducir —dije, aunque no era exactamente cierto. Papá me había enseñado a usar el embrague una vez en el aparcamiento de un restaurante Jack in the Box.

Billy ni siquiera parpadeó. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una nube de humo.

—Seguro que sí —dijo. Parecía aburrido, un espacio en blanco bajo las luces de neón, pero sonaba casi amistoso.

—Sí sé. En cuanto tenga dieciséis años, voy a conseguir un Barracuda y conduciré hasta la costa.

—Un 'Cuda, ¿eh? Eso es un montón de caballos de fuerza para una niña pequeña.

—¿Y? Puedo conducirlo. Apuesto a que también podría conducir el tuyo.

Billy se acercó y se agachó para mirarme directamente a la cara. Tenía un olor marcado y peligroso, como a productos para el cabello y cigarrillos. Todavía sonreía.

—Max —dijo con voz maliciosa y canturreada—. Si crees que podrás acercarte a mi coche, estás absolutamente equivocada —pero estaba sonriendo cuando lo dijo. Rio de nuevo, pellizcó la colilla y la arrojó. Sus ojos brillaban.

Y pensé que todo era una gran broma, porque de esa manera era como hablaban los tipos de esa clase. Los vagos y los

maleantes que papá conocía, todos los que se reunían en el Black Door Lounge al final de la calle de su apartamento en East Hollywood. Cuando hacían bromas sobre la temeraria hija de Sam Mayfield o me fastidiaban hablando sobre chicos, sabía que sólo bromeaban.

Billy se cernió sobre mí, estudiando mi rostro.

—Sólo eres una niña —dijo de nuevo—. Pero supongo que incluso las niñas pueden distinguir una buena carroza cuando la ven, ¿no?

—Claro —dije.

Pero, de hecho, yo había sido lo suficientemente tonta para creer que éste era el comienzo de algo bueno. Que los Hargrove estaban aquí para que todo fuera mejor, o estuviera bien, por lo menos. Que esto era una verdadera familia.



## CAPÍTULO DOS

**M**i primer día en la escuela secundaria Hawkins fue un martes, para entonces el curso ya había empezado hacía más de un mes. Mamá no nos había obligado a ir el día anterior porque todavía no tenían todos nuestros documentos. Pero esa mañana, ella asomó la cabeza en mi habitación y me dijo que me levantara.

Todas mis cosas estaban todavía en cajas, y pensé que me haría deshacer el equipaje, pero sólo sonrió y me dijo que era hora de ir a la escuela. Me dio la impresión de que tal vez tener a Billy por ahí todo el tiempo comenzaba a volverla un poco loca. O tal vez finalmente se había dado cuenta de que me había pasado tres días en la sala de juegos. Y habría pasado un cuarto día allí, pero no podía faltar a la escuela para siempre y, de todas formas, ya no tenía más dinero para fichas.

Después del desayuno saqué mi mochila y mi monopatín y salí detrás de Billy.

El Camaro olía como siempre, a laca para el cabello y cigarrillos. Billy se deslizó en el asiento del conductor y encendió el motor. El automóvil rugió al despertar con un gruñido irregular, y un instante después ya estábamos arrasando la

carretera rural de dos carriles, rumbo a la ciudad, más allá de bosques y campos y montones de ganado.

En el asiento del conductor, Billy mantenía la mirada al frente.

—Dios, este lugar apesta. Apuesto a que ya estás planeando tu próxima fuga de la cárcel, ¿no?

Miré por la ventanilla, con la barbilla apoyada en la mano.

—No.

Mamá estuvo a punto de sufrir una embolia cuando la policía me llevó a casa desde la estación de autobuses de San Diego. Ella no paró de hablar de cuánto los había asustado, y lo peligroso que era simplemente salir corriendo a Dios sabría dónde, pero estaba completamente equivocada, perdida; no había entendido nada. Yo no había salido corriendo a Dios sabría dónde, me iba a Los Ángeles para ver a papá. Claro que para mamá, sin embargo, eso había significado más o menos lo mismo.

Desde que se habían separado, papá había estado viviendo en un pequeño y asqueroso apartamento en East Hollywood con alfombras apelmazadas y ventanas tan sucias que hacían que todo pareciera como si estuviera bajo el agua.

Él se quemaba con el sol incluso más fácilmente que yo: era un irlandés con el cabello tan oscuro que parecía teñido, pero podías ver las venas a través de su piel. Sabía de ciencias y de matemáticas y todas las respuestas al crucigrama del domingo, y podía abrir un candado Master Lock con un clip y la lengüeta de una lata de Coca-Cola.

Mamá no lo soportaba cuando pasaba la noche con él. Se preocupaba por todo: los ladrones y los accidentes de tráfico y si tendría o no una hora para irme a dormir. Incluso cuando se llevaban bien, él siempre la fastidiaba dejándome hacer las

cosas que ella no me permitía. No era difícil hacer que mamá enloqueciera presa del pánico, pero las cosas que le preocupaban con respecto a él ni siquiera eran tan importantes. No me llevaba a peleas de perros, él sólo me enseñaba a usar su taladro para hacer un cochecito con cajas de naranjas y ruedas de patines.

Después del divorcio, mamá se volvió todavía más nerviosa y papá, más descuidado. Cuando regresaba a casa con la camiseta rota o un rasguño en la rodilla, ella prácticamente se ponía histérica. Nunca le conté sobre la lección en el estacionamiento en Jack in the Box ni que él me dejó montar en el asiento del conductor de su viejo y destartado Impala.

Cuando le explicaba los fines de semana en casa de papá, era fácil omitir las partes que ella no aprobaba. Como por ejemplo que él siempre llegaba tarde para recogerme en la estación de autobuses, o que a veces se quedaba dormido frente al televisor. Los fines de semana le gustaba conducir hasta el hipódromo, y yo me sentaba en un taburete de plástico junto a él, comía cacahuetes y observaba los caballos.

Mudarse con él no habría sido lo peor del mundo. Los Ángeles era una ciudad genial. Tenían clubes *punk* y el restaurante de salchichas Oki Dog y bandas de chicas con monopatín. Echaría de menos a mis amigos, por supuesto, pero las cosas se habían puesto tan raras con ellos ese verano que ya ni siquiera estaba segura de que eso importara.

En realidad nunca había pensado en San Diego de una manera u otra hasta que descubrí que nos iríamos. Neil y mamá nos sentaron en el salón y nos dijeron que habían decidido que nos mudaríamos a Indiana, pero eso era mentira. Neil lo había decidido. Mamá sólo asintió, sonrió y aceptó su jugada.

Billy fue el que perdió el control con la noticia. Puso su música a todo volumen, dio portazos por toda la casa y no apareció a la hora de la cena.

Yo sólo decidí que no iría.

Sin embargo, mi fuga duró poco. La policía me llevó de regreso a casa, reuní todas mis cosas en diez cajas de cartón de la licorería y observé cómo los de la mudanza las apilaban en la parte trasera de un camión alquilado. Ahora estábamos aquí, en Hawkins.

El pueblo era más pequeño de lo que había imaginado, pero también algo dulce. Podría estar bien. El centro de la ciudad era pequeño y se encontraba en mal estado, pero al menos lo decoraban para Halloween. Y tenían una sala de juegos. ¿Podía ser malo un lugar con un salón de juegos?

A mi lado, Billy miraba la carretera como si ésta le ofendiera.

La escuela secundaria Hawkins era un largo edificio de ladrillos al otro lado del estacionamiento del instituto. Era sencillo y robusto, más parecido a una cárcel del condado que a una escuela. Mamá había dicho a Billy que me llevara y entrara conmigo para asegurarse de que tuvieran todo listo para mi primer día, pero él pasó volando más allá de la puerta principal y entonces aceleró de pronto hacia el aparcamiento del instituto.

—¡Eh! —lo miré y golpeé el salpicadero con la mano—. Se suponía que debías dejarme.

Billy giró la cabeza para mirarme.

—Pero no quiero, Max. No me pagan para ser tu niñera. Si no te gusta, quizá mañana puedas ir andando.

No respondí, sólo tomé mi monopatín y mi mochila. Cuando salí del coche, no miré atrás.

Encontré fácilmente la oficina, en un pequeño pasillo a un lado de las puertas principales.

La mujer detrás del mostrador vestía una brillante blusa pasada de moda. Cuando le dije por qué estaba allí, me miró como si fuera una especie de criatura extraña.

Finalmente, se volvió y llamó a otra señora que estaba hurgando en un archivador.

—Doris, ¿tenemos un horario de clases para Mayfield?

La otra mujer dejó sus carpetas y se acercó al mostrador.

—¿Para qué necesitas un horario a mitad de semestre? —dijo, como si estuviera confundida.

No respondí, sólo suspiré y abrí los ojos ampliamente en señal de impaciencia. Era una mirada que mamá no podía soportar. Ella decía que ese gesto sólo me haría las cosas más difíciles, pero me daba cuenta de que la hacía sentir avergonzada, como si tuviera que disculparse por mí. Yo no estaba siendo *amable*.

Estaba casi segura de que las mujeres de la oficina me harían guardar el monopatín. En California, la regla era que tenías que guardarlo en tu taquilla, pero aquí nadie parecía tener una opinión al respecto. Tal vez ni siquiera tenían una regla para monopatines. Tal vez nunca habían visto uno.

Mi primera clase era Ciencias, y me presenté en el aula después de que sonara el timbre.

A pesar de que todos ya estaban sentados, en el aula había muchos pupitres vacíos, como si el grupo tuviera que haber sido más grande. Sabía que era sólo porque el aula era grande y Hawkins un pueblo pequeño, pero los sitios vacíos hacían que pareciera como esa parte de una historia en la que no todos han regresado tras enfrentarse con un monstruo.

El profesor me puso al frente del aula mientras me presentaba. Es muy molesto que cierto tipo de adultos te llamen siempre por tu nombre completo, como si hubieras hecho algo indebido. Cuando lo corregí, creo que algunas de las chicas rieron o cuchichearon, pero los chicos sólo miraban fijamente.

El resto de la mañana fue aún peor, como si la escuela intentara demostrarme exactamente de cuántas maneras yo no pertenecía a ella. En Historia, todos estaban trabajando en sus proyectos semestrales. El señor Rogan me hizo llenar una hoja de trabajo fotocopiada mientras los demás juntaban sus escritorios en equipos de tres y cuatro, y al final ni siquiera recordó pedirme que se la entregara.

No había tenido que hacer amigos desde que era pequeña.

Nunca había descubierto cómo hablar con otras chicas. En mi hogar siempre criticaban que no me importaran las uñas postizas y las permanentes, o que cuando veía películas de monstruos, no lo hacía sólo para chillar y gritar. Todos los días durante el verano se tumbaban junto a la piscina, se frotaban los hombros unas a otras con aceite de bebé y hablaban de chicos. Yo no estaba interesada en quemarme tratando de conseguir un hermoso bronceado, y conocía chicos reales y casi por ninguno de ellos valía la pena derretirse.

Mamá había entrado en un frenesí de ama de casa durante todo el fin de semana anterior, deshaciendo el equipaje, luego doblando la ropa y planchando. Finalmente acabó y la atrapé en mi habitación, revisando las cajas. Esa mañana, ella sacó el suéter Esprit que me había comprado hacía un año en Fashion Barn y lo puso sobre mi cama. Era de tonos pastel a rayas, con grandes botones de plástico. Nunca lo había usado. Me quedé mirándolo, tratando de averiguar exactamente lo

que ella quería. Ya estaba vestida con vaqueros y un suéter como los que usaba todos los días.

—¿Para qué es eso? —dije. Sabía que debería complacerla, pero no estaba dispuesta a asistir a mi primer día en una nueva escuela vestida como otra persona.

Ella sonrió débilmente.

—Es tu primer día. Pensé que te gustaría usar algo un poco especial.

—¿Por qué?

Su sonrisa se desvaneció y miró hacia otro lado, jugando con la manga del suéter.

—Oh, no lo sé. Es sólo que parece un desperdicio, ¿sabes? Eres guapa, pero nunca te arreglas ni intentas verte bien.

La idea de que tuviera que vestirme de manera particular para ir a clases en Hawkins me parecía tan estúpida que estuve a punto de reír. No me sentía muy guapa, y definitivamente no era una chica agradable.

En el almuerzo comí cecina y pretzels directamente de la bolsa y me senté en los agrietados escalones de cemento junto al gimnasio. Todavía no habíamos sacado de las cajas las cosas de la cocina, y necesitábamos ir al supermercado. Por primera vez desde que había dejado San Diego, me permití realmente sentir un vacío en el pecho. Tardé un minuto en reconocerlo. Soledad.

En mi casa tenía a Ben Voss, Eddie Harris y Nate. Pasábamos los veranos y las tardes después de la escuela patinando, o construyendo fuertes en el arroyo seco detrás de mi casa. E incluso después de que se mudó a Los Ángeles, tenía a papá. Él estaba lleno de ideas y sabía cómo hacerme sentir acompañada incluso cuando no era verdad.

Él siempre se emocionaba con los juegos mentales: equipos de espionaje, códigos secretos, escondites. Era la solución al enigma lo que le gustaba. Cuando era pequeña, antes de que él se mudara a Los Ángeles, él solía esconder notas entre mis deberes. Me encontraba trabajando en un informe de Historia u hojeando mi libro de inglés, y entre las páginas descubría un pequeño papel doblado con un mensaje en código, un rompecabezas que había hecho usando círculos y triángulos, o palabras que sonaban igual pero se escribían diferente.

Mientras yo pensaba que era genial, eso enloquecía a mamá. No parecía que ella pudiera superar jamás lo mucho que la irritaba que él fuera tan inteligente y tan bueno en todo, y que aun así tuviera que trabajar por las noches en las oficinas de fianzas, o que a veces no trabajara en absoluto.

Sin embargo, papá no era una persona que pudiera tener un empleo regular con horario fijo. Los trabajos que hacía eran en su mayoría ilícitos y, después del divorcio, dejó de fingir que había sido de otra manera. Dormía hasta muy tarde y pasaba las noches jugando al billar o falsificando identificaciones. La manera en que hacía dinero avergonzaba a mamá, pero tenía sentido para mí. Yo entendía cómo era saber que debías seguir las reglas, pero aun así sentirte tan atrapada que pensabas que ibas a explotar. Lo único posible era quedarse quieta y esperar, y en cuanto sonara la flauta, salir corriendo por la puerta y zumbando calle abajo.

Junto a la cuadrícula marcada para jugar en el patio, un pequeño grupo de chicas estaban en círculo, pasándose perezosamente entre ellas una pelota de goma. Eran el tipo de chicas en las que mamá probablemente deseaba convertirme, con rebecas de pana y faldas a cuadros por debajo de las rodi-

llas. Ni siquiera usaban esmalte de uñas ni se peinaban. Dos de ellas llevaban suéter, y en lo único que pude pensar fue en lo aliviada que se sentiría mamá si supiera que había estado en lo cierto después de todo.

Por un segundo pensé en acercarme a ellas, pero ¿qué se suponía que iba a decirles? Nunca había logrado averiguar qué era lo más indicado decir para que una chica con una falda a cuadros fuera mi amiga. Qué torpe.

Pasé el resto del tiempo del almuerzo yendo de un lado a otro por el pavimento inclinado detrás de la escuela. Estaba traqueteando cuesta abajo por tercera vez cuando tuve una sensación extraña e inquietante, como si estuviera bajo reflectores en el centro de un escenario.

Había un grupo de chicos reunidos detrás de la cerca de alambre. Y me miraban.

No estaba segura, pero creí reconocerlos de la primera clase. Estaban medio ocultos detrás de la cerca y me di cuenta de que me estaban espiando, pero no eran muy hábiles para esconderse. Uno de ellos susurró algo y todos se inclinaron y se acercaron más entre sí, como si creyeran que con ello no podría verlos.

Todo el día me había sentido fuera de lugar, como si el tiempo se estuviera moviendo con demasiada lentitud. Necesitaba probar algo, o tal vez simplemente compensar el hecho de que, además de mis profesores y las mujeres de la oficina, nadie había hablado conmigo en todo el día.

Saqué los arrugados deberes de Historia y garabateé un mensaje en la parte posterior, no un acertijo, no en código. En un lenguaje simple y llano, les decía que se mantuvieran lejos de mí. Escribí rápido y sin esmero, pero ni siquiera estaba segura de que quisiera transmitir el mensaje en serio. Si

de verdad hubiera querido que me dejaran en paz, tal vez no lo habría escrito.

Luego arrojé la nota al cubo de la basura y entré al edificio, las puertas gimieron al cerrarse a mis espaldas.





## CAPÍTULO TRES

Mamá sólo llevaba tres semanas casada con Neil la primera vez que tuve una idea clara acerca de él.

Era un miércoles por la noche, lo que solía significar que mamá prepararía rigatoni con albóndigas, y nos sentaríamos en el sofá para ver *Family Feud*. Sin embargo, a partir de la boda, Neil insistía siempre en que hiciéramos cosas juntos. El año escolar había terminado y él decidió que iríamos a comer a Captain Spaulding's. Como una familia.

El restaurante era de esos típicos lugares ruidosos y pegajosos donde la gente se sienta alrededor de una mesa durante una hora, mastica aros de cebolla y actúa como si estuviera disfrutando de la tarde.

Billy ni siquiera se molestó en fingir. Pasó toda la cena recostado en su silla y mirando al techo.

Mamá estuvo removiendo su ensalada un buen rato, luego se acercó y puso su mano sobre la mía.

—¿Sabes?, estaba pensando que quizás este verano podríamos inscribirte en el campamento de voleibol.

—En realidad, no es que podamos, nosotras, porque tú no tienes que ir.

Mamá sonrió, una gran sonrisa ansiosa, y vi que tenía pintalabios en los dientes.

—Sería una buena manera de que pasaras tiempo con otras chicas para hacer un cambio. ¿No quieres hacer nuevas amigas?

La mancha cerosa del pintalabios la hacía parecer como si hubiera estado comiendo algo sangriento. Fruncí el ceño y dejé de mirarla.

Neil se estaba comiendo su hamburguesa con queso, con tenedor y cuchillo. Dejó de masticar y me miró fijamente.

—Respóndele a tu madre.

Me retorcí para alejarme.

—¿Por qué? No importa lo que yo quiera.

Su aliento olía a pepinillos.

—Maxine —dijo él—, te lo advierto.

—Mi nombre —dije, sintiendo una oleada de furia en mis mejillas—, es *Max*.

Neil inspiró por la nariz como si estuviera tratando de mantener algo encerrado en su interior. Luego dejó su tenedor y me agarró el brazo.

—Si no consigues mantener esa boca bajo control, te convertirás en una triste niñita arrepentida.

Sabía que debía disculparme y actuar como la buena y sonriente hija que mamá y Neil querían que fuera, pero podía sentir que todo dentro de mí se aceleraba. Era como estar estancada en clase durante toda la tarde, y entonces suena el timbre y lo único que quieres es alejarte de ahí. Papá siempre decía que mi cerebro era rápido, pero mi boca lo era más.

—Prefiero ser una triste niñita que estar en el campamento de voleibol.

Neil me dirigió una mirada aplastante que pareció abrirse camino debajo de mi piel.

—Necesitas aprender un par de cosas sobre cómo le hablas a tu padre.

—Pero tú *no* eres mi padre —lo dije en voz muy baja, entre dientes.

No lo suficientemente bajo.

Neil apretó su mano en mi brazo y me sacó de la silla.

—Tú ya no pintas nada aquí. Vete a esperarnos en el coche.

Me quedé mirando mi plato, todavía repleto de patatas fritas y el resto de mi hamburguesa. Se suponía que tomaríamos helado después.

—¡Ni siquiera me he terminado las patatas fritas!

Neil me dirigió una larga mirada gélida, como si algo en su interior se estuviera convirtiendo en hielo mientras me observaba.

—Espera. En el coche.

Le devolví la mirada hasta que el peso de sus ojos se volvió demasiado para sostenerla, y entonces giré la cara.

No iba a llorar. Me dije que él era otra interrupción temporal en mi vida y nada más, sólo tenía que esperar a que se fuera. Pero en realidad, no lo creía. Las cosas estaban cambiando demasiado rápido. Mamá nunca me había echado de la mesa. Yo no estaba llorando, pero casi.

Salí muy tensa del restaurante, pasando junto a las camareras y la recepcionista. Me sentí avergonzada por la forma en que me miraban, como si supieran que me había metido en problemas y lo lamentaran. Yo tenía casi trece años y todo el restaurante me estaba observando como si fuera una triste niña arrepentida.

En el aparcamiento, me senté en el asiento trasero del Skylark de mamá con la puerta abierta, pensando en lo mucho que odiaba a Neil.

Encontré medio paquete de pipas de girasol en el bolsillo de mis pantalones cortos y comencé a comérmelas tirando las cáscaras al suelo cuando me di cuenta de que alguien estaba frente a mí.

Billy estaba de pie en el círculo amarillo pálido que la farola dibujaba y me miraba.

Después de un largo rato, suspiró y encendió un cigarrillo. Siempre los fumaba de esta manera insolente, tipo *punk-rock*, sujetándolos entre sus dientes para que sobresalieran justo desde el centro de su boca.

—Has metido bien la pata esta vez, ¿declararle la guerra a Neil?

No quería que él viera lo estúpida que me sentía por haberle gritado a su padre y que me hubieran echado de la mesa. Fruncí el ceño y miré mis zapatos, unos Vans de ante verde. El color ya se había desgastado a la altura de los dedos, pero la suela estaba bien.

—No quiero que él actúe como si fuera mi padre, y no voy a pretender que lo es.

—No te preocupes por eso —dijo Billy, mirando el letrero de neón de CAPTAIN SPAULDING'S. El ondulante y sonriente payaso brillaba sobre el aparcamiento—. Tampoco es que él sea mi padre.

Lo miré, no estaba segura de haberlo oído bien.

—¿Qué?

Billy se volvió hacia mí y estaba segura de que me iba a decir que todo saldría bien. Tal vez incluso me abrazaría.

Pero sus ojos estaban ausentes y entrecerrados, como siempre.

—Es un tipo horrible, Max. ¿No te has dado cuenta? ¿En serio crees que un tipo así podría ser un padre? No lo es para mí, y no lo será para ti.

—¿No quieres ponerte el disfraz? —preguntó mamá cuando entré a la cocina para desayunar antes de cumplir con mi segundo día de escuela. Estaba sacando la vajilla de una caja de cartón llena de periódicos y ordenándola en la alacena.

Neil estaba en la mesa, comiendo huevos revueltos y leyendo las páginas deportivas del periódico. Engulló el último bocado de pan tostado y le respondió, aunque ella estaba hablando conmigo.

—No deberías alentarla, ya se está haciendo demasiado vieja para esas cosas.

Mamá me miró con timidez, como disculpándose, pero no discutió con él. Yo sólo entorné los ojos y me acerqué para tomar los cereales. *Me da lo mismo.*

Lo cierto es que me deprimió prepararme sola para Halloween. Por lo general, pasaba todo el mes de octubre en el garaje con Nate, trabajando en nuestros disfraces y pensando en formas geniales de implorar por dulces cuando las personas abrían la puerta, y ahora estaba a más de tres mil kilómetros de distancia y sentí como si un pedazo entero de mí se hubiera perdido.

Había sido casi una fanática de Halloween desde que era pequeña. Era el día festivo perfecto. Tal vez no se tratara del favorito, porque la Navidad seguía siendo bastante radiante, aunque fuera cursi admitirlo, pero Halloween era la única noche que tenía para sentirme algo mayor de lo que era en realidad.

Un año antes, yo había sido Nosferatu y Nate el doctor Van Helsing. Se había teñido el cabello de gris con talco para bebé y llevaba una mochila con estacas de madera, pero nadie supo quién se suponía que era, ni siquiera cuando sacó una de las estacas y fingió apuñalarme. Al final le salió bastante bien, pero mi disfraz provocaba más miedo, con afilados dientes de plástico y una gorra de goma que me hacía ver calva. Mamá estaba prácticamente consternada al ver lo fea que me veía, cuando justo ése era el objetivo.

Desde pequeña amaba a los monstruos. Nunca me perdí un episodio de *Darkroom*, y algunas veces papá me llevaba al teatro Bluebird, donde pasaban viejas películas en blanco y negro repletas de momias, hombres lobo y Frankensteins.

En los últimos tiempos, sin embargo, me había inclinado más hacia las películas de asesinos sangrientos como las de *Leatherface* y *Jason*, o ese tío de la peli nueva de la que no dejaban de presentar tráilers, que tenía un suéter a rayas y una cara como de carne picada salida directamente de una hamburguesa de *Sloppy Joes*. Había todo tipo de monstruos con superpoderes y habilidades mágicas, pero los asesinos parecían más aterradores porque eran menos imaginarios. Claro, un vampiro era espeluznante, pero los asesinos psicópatas podían ser reales. Quiero decir, veía las noticias. Chicos espeluznantes en callejones oscuros o furgonetas blancas perseguían a las chicas todo el tiempo.

Después del desayuno me quedé en el pasillo fuera de mi habitación, tratando de decidir qué hacer. En realidad, no había planeado disfrazarme, pero la forma en que Neil había anulado ese asunto sin siquiera mirarme y la manera en que había hablado con mamá me animó a hacerlo, sólo para molestarlo. Estaba bastante segura de saber dónde estaba mi máscara.

Las cajas de la mudanza todavía estaban apiladas en la esquina de mi habitación, etiquetadas con la pulcra escritura de mamá. Cuando abrí la que estaba marcada como “Tesoros de Max”, comprobé que la máscara se encontraba allí, descansando sobre mis cómics de *Flash*, como una flexible pesadilla de goma.

Había elegido a Michael Myers de *Halloween* porque él no tenía debilidades. Aunque nunca se movía rápido, aun así te alcanzaba para atraparte cada vez. Era increíblemente fuerte, no podías vencerlo y no podías escapar. Él era imparable.

Nate había estado planeando ir como Shaggy de *Scooby-Doo* porque su madre nunca lo dejaba ver películas para adultos. La mía probablemente tampoco lo habría hecho, pero no había tenido que preocuparme al respecto porque siempre estaba papá. Siempre había estado papá.

Michael Myers era el tipo de monstruo al que más temía, porque era real. No de la vida real, sino del tipo en el que podrías creer de todos los modos posibles. Nunca hablaba ni se quitaba la máscara, pero tras ella todavía era un hombre, uno que podría estar al acecho en cualquier parte. Hay todo tipo de cosas peligrosas en el mundo. Tal vez no exactamente como él, pero bastante parecidas. No puedes evitarlas, así que a veces sólo tienes que aprender a vivir con ellas.

La máscara era de goma blanca, con cejas de plástico moldeado y una peluca de cabello negro y grueso, con todo lo demás en blanco, y me quedé mirándola, tratando de decidir si me la iba a poner.

—Ma-aaax —llamó Billy desde el pasillo. Sabía que estaba de humor cuando me llamaba con esa voz cantarina que sonaba dulce por encima y peligrosa por debajo—. ¿Dónde demonios estás, Max?

Arrojé la máscara sobre la cama y comencé a hurgar en la caja para encontrar el resto del disfraz, tal vez no todo entero, pero sí el machete. Tomé la antología de *La Casa del Misterio* y la lancé al suelo, tratando de encontrar el machete, pero estaba enterrado en algún lugar en la parte de abajo, y me estaba quedando sin tiempo.

Desde el pasillo, Billy me llamó de nuevo. Su voz había cambiado. Sonaba más lejos ahora.

—Si no estás en el coche en diez segundos, me iré sin ti.

Llegué corriendo al salón, máscara en mano. Levantó las cejas cuando la vio, pero se quedó callado.

Me encogí de hombros y sacudí la máscara.

—Es Halloween.

Siguió sin hablar, sólo me miró con ojos aburridos y pesados.

—¿Qué? ¿Ahora ni siquiera tengo permitido disfrazarme?

—Adelante, pero no te sorprendas si pareces una bebé. Nadie en secundaria se disfraza en Halloween. Eso es para los perdedores, ¿de acuerdo?

Me encogí de hombros, pero era un gesto pequeño y vacío. No supe qué decir, volví a mi habitación y metí la máscara en la cómoda. Una cosa más que había dejado de pertenecerme.



